

EN EL CORAZON DE LA ESPIRITUALIDAD APOSTOLICA

Hno. Mariano Varona, Chile, Provincia Santa María de los Andes

La espiritualidad apostólica es una espiritualidad que el Espíritu ha regalado a la Iglesia y de la que participan todos los religiosos y personas de vida activa, también llamada apostólica. Nosotros nos inscribimos en ella como miembros concretos de una de esas familias y vivimos los rasgos de dicha espiritualidad con la originalidad que nos es propia por haber recibido un carisma específico en la Iglesia. En este sentido, el calificativo de marista enriquece a la misma espiritualidad apostólica.

Nuestro documento capitular (XIX Capítulo General) habla de cinco rasgos que la caracterizan:

- **la pasión por Jesucristo, su Evangelio y su Reino;**
- **el ser apóstol o tener alma de apóstol;**
- **la oración realizada de una manera peculiar, característica, y que se llama oración apostólica;**
- **la unificación de la vida;**
- **el encontrar a Dios en la vida, en el mundo, en la realidad y allí escucharle, adorarle, amarle y servirle, es decir allí en lo cotidiano hacer experiencia suya.**

Me gustaría centrarme en esta última característica por parecerme que ahí reside, en el fondo, el corazón de la espiritualidad apostólica.

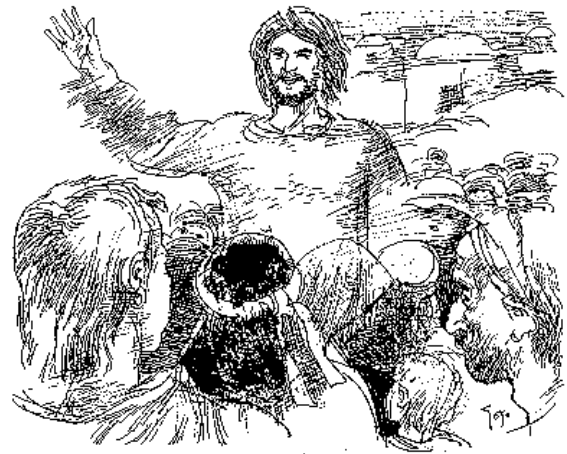
Presento, pues, algunos puntos que considero centrales:

1. **La gloria de Dios irrumpe "desatada y desenfrenada" por todas partes.** Así lo siente y lo vive el contemplativo en la acción. Descubre la esencia de lo sagrado en las cosas más humanas de la vida. Para él no hay nada que no sea un acto sacramental, una teofanía (manifestación de Dios) en la que emerge el rostro y la voz de Dios. Por lo mismo puede percibir su voz y vislumbrar su rostro en cualquier circunstancia y acontecimiento, por insignificante que parezca. Por esa misma razón derrocha compasión y sirve valiente y generosamente a los otros, porque son para él el icono sagrado de Jesús: lugar de adoración, de comunión y de respuesta.

2. **Hacer experiencia de Dios en lo cotidiano.** El mundo es el lugar de la adoración de Dios. El Señor emerge en la misma densidad de las

cosas, personas y acontecimientos, y es ahí donde el que vive la espiritualidad apostólica siente que Dios quiere ser escuchado, servido y amado. El mundo, la historia, el apostolado, no son obstáculos para el encuentro con Él, sino una mediación obligada. No sólo se encuentra a Dios en la oración, sino que también el mundo es condición necesaria o camino para dicho encuentro. Con términos de S. Ignacio se trata de un doble movimiento: descubrir a Dios y amarlo en el mundo, y amar en Él a todo el mundo.

Se trata de una espiritualidad que sobrepasa la oposición entre pura interioridad y mundo exterior, entre contemplación y acción. Haciendo de la contemplación una actividad de todo el hombre en todas sus circunstancias, y de la acción una praxis humana que es alcanzada críticamente por la contemplación de Dios.



3. **Adoptar esta actitud ante la vida requiere de un proceso.** Expongo aquí el que J.A. García presenta en su artículo: "Místicos horizontales". Hay otras maneras de presentarlo.

El primer paso lo llama hacer lecturas trascendentes de la vida. Supone el ejercicio habitual de leer la historia, empezando por la propia, de una manera no superficial o plana, sino trascendente. Este ejercicio consiste en taladrar toda realidad o todo acontecimiento, todo aquello que nos sale al paso, hasta descubrir en su fondo un mensaje de Dios, despellejar las capas exteriores de la vida hasta llegar a su núcleo y percibir allí la cercanía amorosa y salvadora de Dios. ¿Qué me estará diciendo Dios con esto que me sucede? ¿Qué mensaje me quiere comunicar

en esta circunstancia comunitaria, en este encuentro de profesores? ¿Cómo me ha hablado en el día de hoy? ¿Cómo se me presenta en esta persona concreta, en este hermano o joven?

Madre Teresa, por ejemplo, al conocer la muerte de Lady Di, exclamó: "No siempre comprendo los caminos de Dios, pero esta trágica desaparición tiene indudablemente un significado más profundo de lo que una cree".

Este primer paso es básico y tal vez no sea errado afirmar que no estamos muy acostumbrados a él, aunque podemos exhibir ejemplos notables como los del Hno. Henri Verges, los cuatro últimos mártires y tantos otros Hermanos. Les vamos a entregar hoy día un subsidio concreto que nos puede ayudar a leer en forma trascendente lo que estamos viviendo. Se trata de un diario donde poder registrar los mensajes de Dios que cada uno percibe en lo cotidiano.

El segundo paso es darse un espacio para que se produzca un encuentro cordial, afectivo y liberador con quien ha aparecido en el fondo de la lectura trascendente. Adorarlo, vivenciar la experiencia de pertenecerle y suplicarle que progresivamente vaya produciendo el descentramiento. Vivir en el gozo de la confianza y de la entrega incondicional. Escucharle y disponerse a la obediencia, una obediencia radical. Experimentar también la acogida incondicional por parte de El, su amor, su perdón. Percibir sus ojos que miran apasionadamente al mundo. Y acoger la invitación a participar de esa misma mirada y de la compasión de su corazón.

El encuentro es fundamental en el proceso. Madura cuidadosamente el corazón y lo dispone a dejarse sorprender por la presencia de Dios en los lugares más inverosímiles. A su vez, proyecta luz sobre el acontecimiento o práctica que le sirve de soporte. La acción que realizamos es juzgada por la contemplación que estamos haciendo e invitada a colocarse en la óptica de Dios. Nuestra libertad se siente llamada a articularse obedientemente en la libertad de Dios. Verlo todo desde sus ojos y su corazón y hacerlo todo orientado hacia el horizonte de su Reino es la máxima pasión de quienes viven la espiritualidad apostólica, y la forma que adopta su oración preferida.

En el fondo, ser contemplativo en la acción es vivir en tal escucha adoradora de Dios en el mundo que en ella nos podemos hacer constantemente la pregunta: ¿qué debo hacer? Y

sospechar obedientemente la respuesta. El ejercicio de la presencia de Dios encuentra aquí concreciones muy profundas.

Terminando el encuentro, se **vuelve de nuevo al mundo**, a realizar la misma tarea pastoral, a encontrarse con las mismas personas o a vivir en la misma comunidad. Pero no se vuelve de la misma forma. La acción que se va a volver a realizar ha quedado bañada y dirigida por la contemplación de Dios y su mirada amorosa y crítica. De ahí la importancia de lo que se haya producido en el encuentro. La calidad de él marcará las características que adopte la acción que se vaya a realizar. Tengo la impresión de que perdemos garra y profetismo en nuestra vida porque no tenemos práctica habitual de estos encuentros personales y liberadores con el Señor. Dice el P. Arrupe: "para un contemplativo en la acción, para un hombre y una mujer apostólicamente integrado/a, toda experiencia de Dios es acción por los demás y toda acción por los demás es tal que le revela al Padre y le une más a Él afectiva y comprometidamente". Nunca mejor dicho en clave de unificación e integración.

